

plumas de pavo real, mientras que soldados armados guardarán las avenidas conducentes, y se colocarán en sus respectivos puestos varios oficiales provistos de varitas destinadas á mantener el órden. Cuando se hallará cada espectador en su lugar respectivo, entrarán las actores y cantarán ciertos aires; á continuacion descenderá el telon la principal bailarina, y, despues de haber esparcido flores en la asamblea, desplegará su talento y las gracias de su arte. »

## XI

Estas representaciones eran raras, pues los dos mayores poetas dramáticos de la India, Kalidasa y Bagavuti, no han compuesto cada uno mas de tres dramas.

« Si Kalidasa es el Eurípides de la India, conviene advertir que es un Eurípides sobrio, casto, ingénuo, exento de los defectos en que su natural afectacion impele al poeta griego. Al contrario, Bagavuti es el mas enérgico, el mas magestuoso de los autores dramáticos de su raza, y merece el dictado del Esquiles indiano. La poesía de Kalidasa recuerda el noble estilo y suave pureza de Sófocles, sin esa vulgaridad de intrigas que, mas que de la antigua epopeya, parece haber sacado Eurípides de las novelas modernas; mientras que Bagavuti, descomunal, imponente y sublime como esos bosques de Golvana cuya terrible sombra vaciló sobre su cuna, parece

salir de manos de la naturaleza, como el Moisés de Miguel-Angel brotó magestuoso del pensamiento del artista. En la poesía de Bagavuti, mugen iracundas ó se calman risueñas las tempestades de todas las pasiones, que enardece la mano pujante del vate. Vivía este admirable poeta, segun se ve en la historia de Cachemira, algunos de cuyos extractos ha publicado Wilson, hácia el año 720, en la corte del soberano de Agra. Jamás emanaron de alma humana tan apasionados acentos; así fué denominado por sus admiradores *Escricante*, esto es, varon sublime cuya boca es el templo de la elocuencia. El padre de Bagavuti era un bramino perteneciente á esa ilustre raza cuyo origen se pierde en los tiempos heróicos, y su familia habitaba la provincia de la India que en el dia llamamos Decan, al occidente de esas altas montañas y dilatados bosques que vertieron sus santos murmullos, balsámicas emanaciones y misteriosos terrores en el alma del jóven poeta. »

## XII

Otro drama del Esquiles indiano, Bagavuti, es una tragedia histórica y mitológica del semi-dios Rama, tragedia cuya análisis vamos á exponer sumariamente, citando los fragmentos que caracterizan el estilo de este artista colosal, pues un dedo del pié procedente de los bajo-relieves del Partenon,



da mayor idea del genio de Fidias, que el mas prolijo comentario sobre la estatuaria.

Se abre la escena por un diálogo conyugal, comparable al Cantar de los cantares de Salomon, entre el semi-dios Rama y su jóven esposa Sita.

A la sazón interviene un sabio, que acompaña y conduce á ambos consortes en una galería de cuadros, representando su dichosa infancia y los castos amores que precedieron á su union. Sita y Rama quedan enagenados al ver las obras maestras verificadas por el pincel, no saciándose de ponderar el genio que las produjo y los tiernos recuerdos que evocan.

« — ¡Felices los años de mi infancia, esclama el semi-dios, cuando respiraba aun mi venerado padre, y la celosa ternura de una madre custodiaba bajo sus alas mi existencia; cuando mi vida pura y transparente se deslizaba en la inocencia y las delicias!... Allí veo el cuadro que representa la admiracion que produjo en la que me dió el sér la belleza de Sita... la sonrisa mas hechicera dilata sus labios, y su boca entreabierta deja brillar dos filas de candidos dientes como los prolongados pétalos del jazmin, mientras que las largas trenzas de su flexible cabellera que á la misma seda exceden en brillo y suavidad, esparcen un crepúsculo sobre sus megillas, y todos sus miembros á cuya elegancia solo excede la gracia de sus movimientos, poseen el indecible encanto de los rayos de la luna filtrando en el espacio cristalino.

« — Mira ese otro cuadro, le dice Sita, que perpetúa el instante en que revestistes el traje penitencial entre los santos cenobitas.

« — Sí, replica el héroe; en la flor de nuestra edad nos sometimos á ese género de vida que adoptaban los antiguos reyes de nuestra raza para santificarse, cuando abdicaban el imperio en favor de sus hijos; y dichosos nos creíamos al poder así desfallecer y marchitarnos corporalmente en aquellos monasterios situados en lo mas denso de los bosques, para progresar en la senda de la sabiduría bajo la direccion de admirables maestros, inspirados por los mismos inmortales.

« No tardaremos en llegar, continua el ilustre personaje dirigiéndose á su querida Sita, á ese ameno parage situado en medio de las montañas en la parte meridional de la India, á orillas del rio que se despeña por entre las rocas do moran los santos anacoretas, prontos á preparar para sus huéspedes el plato de arroz. ¿Te acuerdas, amor mio, de la humilde y venturosa cabaña, á orillas del torrente que allá á lo lejos fulgura entre las ramas á los rayos del sol? ¡Qué días tan dichosos gozamos en aquel albergue, testigo de nuestra recíproca ternura! ¡Cómo se deslizaba insensible nuestra vida embargada por el gozo inefable!

Despues se muestran á las húmedas miradas de ambos amantes diversas representaciones trágicas, que recuerdan los peligros de que consiguió Rama salvar á la donosa Sita, cuyos ojos vierten lágrimas



deliciosas al observar el contraste de aquellos tiempos aciagos con la dicha de que actualmente goza.

Ambos amantes se retiran á un pabellon en medio del jardín, siguiéndose una escena de casto amor conyugal, tierna y patética sobremanera, cuyas delirantes expresiones abrasan el corazon como el fuego consagrado que devora el incienso sin dejar cenizas. Los enlazamientos de alas y melodiosos arrullos de la Sulamita ceden en santa languidez á las delirantes expresiones del poeta indiano, que eclipsa á Tibulo en sus mejores versos. El escrúpulo de las lenguas modernas nos obligan á cubrir con un velo las efusiones de ambos consortes, cuyo voluptuoso delirio podria ofender nuestras ideas de pudor.

Mientras que duerme Sita en los brazos del rey su esposo y balbucea azorada el nombre de su querido Rama, éste la contempla embelesado. — « Mi esposa sueña que la he abandonado, esclama, ó bien la vista de esas pinturas que trazan nuestra desgracia ha perturbado su razon..... ¡Ah! ¡feliz quién en la fortuna próspera ó adversa puede contar con la ternura de una esposa fiel; feliz aquel cuyo corazon se apoya incauto en otro corazon, y halla goces infinitos en union tan inefable, tanto en el ocaso de la vida, como en la flor balsámica de la juventud fogosa!

## XIII

Esta breve felicidad cesa á la voz de un cortesano cuya voz anuncia á Rama la noticia de la insurreccion de sus vasallos, quienes, irritados por su amor por Sita, reclaman vocingleros y tumultuosos el alejamiento de la malhadada esposa acusada de nefandos crímenes.

Despues de pugnar portiadamente con la marea popular, no puede menos de ceder Rama y confiar á Sita á un prudente anciano para que conduzca al destierro á la desolada consorte.

Nada excede á lo tierno de su despedida que lacera el corazon del lector.

— « ¡ Deber cruel! prorrumpe Rama en un acceso de congoja. ¡ Qué bárbaro soy al sacrificar como ave doméstica destinada á la muerte, á la tierna esposa de quien tantas pruebas he recibido de fidelidad y ternura!..... No me retengas así, querida Sita,..... déjame..... no aprietes en tu seno á un hombre degradado por su crueldad. Tú crees ceñir el árbol oloroso del sándalo, y solo aprietas la planta siniestra cuyo contacto venenoso produce la muerte (Se arranca de los brazos de Sita). — « ¿ Y ahora qué es para mí la vida? un peso inútil..... — ¿ Y el mundo? un desierto horroroso, árido y adusto..... ¿ Dónde podré hallar consuelo para suavizar mis males? El sentimiento solo me sirve para sufrir y en vano



pugno con el dolor que contra mi sér entero se encarniza. Manes de mis antepasados, sabios, profetas, vosotros objetos de mi honra y amor, vosotros que profesásteis tanta amistad á Rama, á quien cubristeis con vuestra proteccion; llama celestial, tierra protectora y madre de los humanos; ¿á qué sér benéfico podré elevar la voz? ¿Qué númen podré invocar sin apartarme de mis sagrados deberes? ¿Llegarán acaso á conmoveros mis quejas como estremece el contacto de un hombre desterrado de su casta? Sereis sordos á la súplica del infeliz que se ve obligado á expeler á su esposa, honra de su casa, y condena á la desesperacion á la muger cuyo seno lleva el objeto de su ternura, sacrificándola como víctima ofrecida para aplacar á los espíritus malignos? (Se inclina á los piés de Sita.) ¡Hija adorable del rey de Videha, que por última vez tus hechiceros piés sirvan de almohada á la cabeza de Rama!»

El segundo acto transporta al espectador, despues de un largo intervalo de tiempo, á lo mas recóndito de un bosque espeso, habitado por anacoretas y ninfas consagradas al culto de los dioses, una de las cuales ofrece un ramillete de flores al superior del monasterio.

— « Sencillez de corazón, sobriedad de palabras, modestia de porte, inocencia de pensamientos, pureza de imaginación, afecciones piadosas, tal es la virtud » dice el santo varon al recibir la ofrenda.

La ninfa pregunta al anciano cual es la causa de

la agitacion que ve en la comarca habitada por los venerables anacoretas retirados del mundo.

EL ANCIANO.

Hija mia, voy á deciros que acontecimientos perturban nuestras santas meditaciones... Dos niños, conducidos probablemente por alguna divinidad, han llegado á nuestros bosques y distraen á los ermitaños de sus graves estudios. Los mismos animales, á vista de estos misteriosos infantes, manifiestan una sorpresa mezclada de admiracion y se sienten atraidos á esas criaturas sobrehumanas por un encanto indecible.

LA NINFA.

¿Y cómo se llaman?

EL ANCIANO.

Uno se llama Cusa, y el otro Lava : nombres que les confirió su celeste nodriza, bastando á probar su origen inmortal los divinos objetos que hemos visto á su lado. Nuestro superior excelso adoptó estas misteriosas criaturas, las educó, les enseñó el uso de las armas; y, cuando llegaron á contar un número mayor de primaveras, los revistió del cordon de la secta de los santos y puso en sus manos los sagrados Vedas.

Otra razon nos ha distraído de nuestros piadosos estudios. El sabio Valmiki, un dia que se paseaba en las márgenes del Tamasa apacible y cristalino, vió á un cazador postrar sin vida á una ave que, con-



tigua á su amable compañera, hacia resonar la ribera con sus amorosos acentos. Afligido á vista de semejante espectáculo, exhala su indignacion el sabio por palabras vehementes, é inspirado por la diosa de la elocuencia, expresa su pensamiento en un dístico improvisado: « No esperes, bárbaro, prolongar tus dias, tú cuya mano pudo herir mortalmente y acabar con la vida de una inocente avecilla, que halló la muerte cuando solo trinaba el himn ode amor. »

— « Pero, interrumpe la ninfa, ¿ qué ha sucedido con la sin ventura Sita, desde que ha sido conducida al bosque? »

EL ANCIANO.

Lo ignoro.

LA NINFA.

¿ Y qué hace Rama? Yo tiemblo al pensar que contraiga nuevas nupcias.

EL ANCIANO.

Mal lo juzgais, pues sus ojos divisan incesantemente la imágen áurea de su querida Sita.

LA NINFA.

Mucho celebro saber que guarda su fé al digno objeto de su amor. ¡ Cuántas contradicciones encierra el corazon reputado mas puro! ¿ Cómo puede la misma mano manejar tosea el hierro homicida, y palpar delicada la suavidad de la flor?... »

EL ANCIANO.

Pero alejémonos, que yo os serviré de guia.....

Este es el instante en que los rayos del sol abrasan el ambiente, y obligan á refugiarse bajo la sombra á los cantores silenciosos del claro inundado por las miradas del astro del dia. Sola, en medio de los mas elevados ramos, repite la tórtola sus voluptuosos arrullos; mientras que, bajo la bóveda formada por los ramos entrelazados, reposa á la fresca sombra el grave elefante apoyado contra un árbol añoso, ó bien, extendiendo su trompa en el seno del risueño emparrado, determina una lluvia de hojas y botones floridos que parecen una ofrenda presentada al sagrado torrente, cuyas aguas, diáfanas y fúlgidas como el cristal, se deslizan apacibles bajo esta cúspide de verdura.

#### XIV

Rama, despues de haber salvado generosamente la vida de un hijo perteneciente á un bramino, se muestra en su carro de guerra con la cimitarra en la mano. Los religiosos celebran la gloria del héroe, cuya vista inquieta reconoce confusamente la amena region en que pasó su juventud con Sita.

« — ¡ Qué risueño horizonte se despliega á mi vista! » esclama el héroe. « Aun me es dado contemplar estas bóvedas sombrías en que tan misteriosa oscuridad vierten los añosos árboles; aun divisan de nuevo mis ojos embelesados esos torrentes que iracundos y espumosos se precipitan de los



montes vecinos, haciendo temblar la tierra... El tigre famélico acecha su presa en la montaña, ó se oculta en las tenebrosas cavernas; en el mullido césped se enrosca la sierpe enorme, en cuyos anillos salpicados de colores miles, resalta el negro y ruidoso grillo que apaga su sed en las gotas de rocío chispeantes en las escamas del mónstruo. En el espeso bosque cunde un silencio profundo, interrumpido tan solo por los murmullos lejanos de los manantiales que de los peñascos brotan, el eco de la montaña que repite el rugido del tigre, y el chirrido de las voraces llamas que allá á lo lejos mugen silvadoras, teniendo de rojiza luz el azulado firmamento... Sí, mi vista reconoce esta escena, y todo el pasado vibra palpitante en mi memoria... Estas sombras terribles no amedrentaban á Sita, dichosa de arrostrar los horrores del bosque oscuro teniendo á Rama á su lado. ¡ Con que alegría atravesaba el desierto esa muger á quien amor inspiraba audacia! ¿ Qué mayor riqueza puede desear el hombre á quien otorgó el cielo una dulce compañera de su vida, un sér que toma para sí la mitad de las penas que abruma el corazón, y cuyo inefable afecto compensa todos sus dolores?

« ¡ Escenas de reposo, » continua el entusiasta amante, « plácidas grutas que engalanan los tesoros infinitos de la creación! ¡ Apacibles guaridas, en que incautas trinan las timidas aves y rumian apacibles las ciervas ariscas! ¡ Espumosos torrentes, que casi ocultan los verdes puentes salpicados de

flores formados por los olorosos arbustos! ¡ mi corazón os reconoce y ruidoso á vuestra vista late! Por este lado, la faja serpentina que al horizonte ciñe, á la manera de abatidas nubes, me indica la cumbre del monte Pravana, morada del rey de las aladas tribus, de cuyas escarpadas pendientes se precipita impetuoso un río... Al pié de la montaña, en el declive de esta frondosa espesura se elevaban los copudos y siniestros árboles, en cuyas ramas espesas inclinadas sobre el río, se anidaban los pájaros. ¡ Qué suaves eran sus gorgoros! ¡ Qué armoniosos sus cantos! Allí tambien se elevaba nuestra cabaña pajiza... Esta era la habitacion de la bella Vasanti, tierna amiga de Sita, ninfa oficiosa de este antiquísimo bosque ¡ Ay de mí! ¡ Cómo ha mudado mi suerte! Triste y solitario me consumo en la viudez, y el negro pesar difunde en mis venas su mortal ponzoña. La desesperacion, como una flecha cruel, en mi pecho se hunde desgarrando incesantemente la herida que al entrar hiciera... ¿ No me concederán los númenes supremos el triste consuelo de perder la memoria de mis dolores, fijando mis ojos en estos lugares cuya vista mi corazón lacera? Pero estos mismos sitios han cambiado de aspecto. Allá, en el cauce del exhausto arroyo, se extiende una alfombra de césped; aquí, en vez del emparrado que formaban los árboles para resistir á los ardores del mediodía, una dilatada llanura refleja risueña la luz del sol... Apenas puedo acertar á creer que sea el mismo el paisaje